

## MARIA MOLINER, PROFESORA EXTRA

Este es un recuerdo grato, lejano y apasionado. Hecho luego de desaparecida mi profesora de los comienzos de mi vida estudiantil y mi colega de profesión. Pero, pretendo, que sea una comunicación como las que con ella tuve cuando la encontré, sencilla, amable y querida, algo lejano de las necrologías rituales. Porque nada en ella había de ritual, sino, bien al contrario, de usual y humano. No sé si su *Diccionario*, precisamente, fue un afán de marcar la vertiente vital de la lengua porque ella, en su proyección profesional y estudiosa se inclinó hacia lo que podía favorecer, enriquecer y ayudar más a los hombres. Por ello, sin dejar la técnica que correspondía a las tareas que emprendió, dedicándoles el tiempo que requerían plenamente, participó en aquellos proyectos que iban directamente a imprimir un cambio en la vida de los hombres, a proporcionarles las instituciones que los mejoraran y, si esto ya no podía ser, a, personalmente, plasmar su inquietud y su saber en un instrumento que les sirviera a todos, sin por ello rebajar su categoría, como lo prueba su inestimable *Diccionario*.

La Educación y las Misiones Pedagógicas, el voluntariamente desconocido proyecto de Bibliotecas públicas por las autoridades de 1940 y sus trabajos filológicos, me parece que merecen que yo me permita darle el título de profesora extra. Y este calificativo, de intento, lo uso en su acepción de extra como algo que no está en lo programado, que se da aparte, fuera de serie y, me atrevo a decir, a pesar de todo y sobre todo. Sobre las etiquetas, las designaciones, los reconocimientos, sus actividades fueron un regalo, usa convicción y voluntad de hacer lo que debía, lo que merecía sin metas de título ni recompensa, fuera de proyecto y protección oficial, en su casa, día a día durante años de callada labor, como si nada estuviera haciendo.

Así, ahora, se quiera o no, sin ningún sillón glorioso, en ese *Diccionario* se manifiesta, cada vez que alguien lo utiliza, la profesora extra, gratuita, generosa de su saber y de su tiempo. Como lo fue en el pasado con los que la quisieron escuchar. Una profesora extra, por lo tanto, a pesar de todo.

Mis recuerdos, pertenecen al tiempo en que sí se la quería escuchar. Se la escuchaba, también, con amor. Son años ya lejanos, cuando tuve la suerte de que en Valencia, mi tierra natal, un grupo de profesores, médicos, profesionales diversos encabezados por don José Navarro se lanza-

ron a la aventura de formar un colegio del estilo de la Institución Libre de Enseñanza, del que mis padres, que no pertenecían a esta clase social, tuvieron la fortuna de conocer, y decidieron enviarme a él: la *Escuela Cossío*. Era octubre de 1930.

Yo había ido hasta entonces a una pequeña y modesta escuela pública de niñas, por lo que el primer día de *Cossío*, como siempre llamábamos a nuestra *Escuela*, fue abrir los ojos a un nuevo mundo. No podrá, ni tampoco pueden mis compañeros de experiencia, olvidar aquella entrada en un gran patio (el de la Escuela de Artesanos de Valencia), en uno de cuyos ángulos junto al macizo de la palmera, había un montón de arena limpia donde se nos invitó a jugar a todos. En este todos, también como novedad, se incluían las niñas y niños de distintas edades que habíamos ido a comenzar nuestra nueva etapa colegial.

No es el caso relatar aquí qué era *Cossío*, sus métodos pedagógicos, sus excursiones, sus sesiones de cine, sus experimentos del rudimentario laboratorio, sus talleres artesanos, sus lecturas comentadas. Aquí nos interesa María Moliner. Ella y su esposo Fernando Ramón Ferrando, junto a los Puche, Ots Capdequí, La Casta, Marchante, Ximénez del Rey y tantos más, no sólo habían formado la Escuela *Cossío*, sino que colaboraban en su tarea de avance docente y mejora imaginativa de las clases y actividades complementarias. La Escuela era para sus hijos y para todos los demás escolares, tanto como para los maestros y profesores, un lugar de estudio, sí, pero también de ilusión, de aventura, de aprendizaje general de convivencia, de colaboración en los juegos y en el estudio.

En esta colaboración es donde aparece María Moliner, entonces archivera de la Delegación de Hacienda, en mi recuerdo, como la profesora extra. Extra porque sacaba una hora semanal vespertina de sus quehaceres de funcionaria y madre, para darnos una clase de Gramática a los que ya estábamos en las *duras lides* del bachillerato. Lo que habitualmente resultaba una tortura a esa edad, las clases de oraciones, el valor de los verbos, el análisis, nos los mostró tan llanamente, que fuimos siempre amigos del verbo copulativo, de los complementos indirectos o de las oraciones condicionales. Ya sé que estoy muy atrasada en nomenclatura, lo confieso, pero en los años 30 esa era la nomenclatura y el sistema más al día. Luego, no he tenido oportunidad de ponerme al corriente de las novedades filológicas. En otras tareas sí.

Era, pues, una profesora extra para mí en aquellos tiempos. Apreciada, esperada y reconocida. Porque su trabajo no cumplía una obligación, sino que era pura dedicación, es decir, extra. Aunque entonces no lo supiera yo apreciar cabalmente, también lo era porque sus conocimientos eran extra, mucho más de lo que pudieran reclamar unos alumnos tan principiantes. No puedo dejar de mencionar, junto a ella, las sencillas lecciones que sobre Historia Medieval de España nos dedicaba, otro día de la semana, don José María Ots Capdequí, para el que, espero, enfrentarse a aquella docena y media de caras llenas de seria curiosidad podía significar una diversión de sus tareas en la Universidad. Don José María era, pues, otro profesor extra del que pude gozar.

Aquellos años de *Cossío* tuvieron un final, 1939, pasando todos nosotros a otra enseñanza bien diferente, de convalidación, separación de sexos y de fiscalizaciones diversas. Nada parecido a la anterior, siempre añorada a lo largo de los años de secundaria y, por desdicha, en parte también,

en los de Universidad. Para mi profesora extra, el cambio fue bastante más duro, con la separación del servicio, la ignorancia de lo mucho que había proyectado en bibliotecas y el destino luego en un centro, Biblioteca, en el que el trabajo, como en tantos otros se hacía, por razón de los condicionamientos, el trabajo, repito, era pura rutina y escasez de todo. Más tarde, como proyecto de vida, yo misma ingresé en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Archeólogos, y al adquirir la condición de compañera, mi profesora extra siguió siéndolo por 'el ejemplo de su que-hacer.

En esta etapa, sus lecciones eran sólo a través de su dedicación al *Diccionario* porque, por desdicha, ni su docencia ni la planificación de servicios bibliotecarios tenían en la política bibliotecaria del momento la menor cabida. Por desgracia. Pero en esta etapa, siguiendo su camino, estaba cumpliendo, a su manera, su labor de profesora extra. La lección, de seriedad en el trabajo científico, de continuidad en alcanzar una meta en solitario, de trato con los interesados en los antiguos ideales no había desaparecido.

Cuando la encontraba, canosa, un tanto cansada de muchas resistencias, pero siempre afable y serena, el recuerdo de *Cossío* y sus alumnos (hoy como ella era en aquellos lejanos años), y, sobre todo, la realidad de su investigación de la lengua española, la volvían a hacer sonreír y proyectar.

Que la Real Academia no la hiciera partícipe de sus alfabéticos sillones, aunque sea un hecho triste para todos como españoles, me parece un hecho baladí frente a lo que significara el arrinconamiento de su proyecto sobre bibliotecas. Eso, aun hoy, sería positivo. Entre los muchos olvidos exigidos por circunstancia que no hay ni que indicar, figura el de toda su tarea de planificación ilusionada, para proveer a España, entonces en campaña de intensa alfabetización, de un sistema bibliotecario que pudiera ofrecer a tantos obreros, campesinos, mujeres y estudiantes un libro con que abrir horizontes de hermandad con los vecinos pueblos, naciones y mundo entero.

Aquí tengo que recordar, necesariamente, la lectura comentada de las páginas de Mark Twain dedicadas al muchacho de las riberas del Mississipi, Huckleberry Finn, en nuestras clases de *Cossío* a aquellos habitantes de las riberas del Turia, que nosotros éramos, tan dispares, como iniciación al hábito de leer en nosotros, por un lado, y de la universalidad de la experiencia humana, por otro.

En mi caso las ansias de conocer, de trabajar con los demás, de ampliar el campo de experiencias me llevaron, lustros después, a visitar aquellas riberas del Mississipi por motivos profesionales y, creo, todas esas inquietudes nacieron, en la enseñanza abierta y positiva de la *Escuela*. Y no en los claustros posteriores.

Por último, María Moliner hizo lo que quería y podía. Dejarnos una lección extra que, queramos o no, permanece y circula, su *Diccionario*, porque para realizarla no necesitó de un *placet*, un oficio administrativo si una partida presupuestaria, sometida a los vaivenes del jefe de turno. Aquí también es extra, es decir, más allá, y no puede ser dominada ni aniquilada.

Es una gran lástima que su otra lección, la bibliotecaria, que sí estaba sujeta a una Administración, a una política cultural y a unos poderes

decisorios, cayera en la condenación temporal de lo posible, lo meritorio y digno de llevarse a la práctica. Esa lección, sacada ahora del pozo de ocultación en que ha permanecido tantos años, valdría la pena que se reconsiderara. Porque, pese a los decenios transcurridos y a las novedades que circulan en el mundo bibliotecario, nada semejante se ha puesto en la tribuna de elección y deseo ejecutivo. Aquí no es ella la que, sola, pudo ni ahora ya podría trabajar hora tras hora en su consecución. Pero sus colegas, los que quieran tomarla de profesora extra, me parece que bien pudieran tener el coraje de aprender la lección y lanzarla a caminar por los campos de España. Nunca es tarde, si el libro llega.

VICENTA CORTÉS ALONSO